

In memoriam Dr. Gregorio Mintz*

Antonio Fraga Mouret**

Agradezco a la Mesa Directiva de la Academia Nacional de Medicina el haberme encargado este homenaje académico en honor de mi mejor amigo, el doctor Gregorio Mintz.

La desaparición del doctor Mintz es una gran pérdida para sus familiares, sus amigos, la reumatología, la medicina mexicana, la Academia Nacional de Medicina y la máxima agrupación de reumatología que es la Liga Internacional contra el Reumatismo y de la cual él debería haber tomado su presidencia el próximo mes de julio.

En el año de 1959, tuve el privilegio de conocer al doctor Mintz en el extranjero cuando él era ya jefe de residentes de medicina interna, puesto que ocupó entre cuarenta médicos en el Hospital Michael Reese de Chicago. Esto reflejaba la gran visión y tenacidad de Gregorio ya que, por una parte, en aquella época no existía la medicina interna como especialidad y la que se enseñaba en nuestro país era fragmentada y, por otra parte, implicó para él no sólo el aprender otro idioma, el cual llegó a dominar, sino una labor cotidiana difícil de aprendizaje teórico-práctico, la cual hizo con un gran empeño que lo llevó a destacarse entre sus compañeros. El doctor Mintz tenía como expectativa ser dentro de la medicina y dentro de lo posible, un médico universal por lo cual escogió la especialidad a la que me he referido.

A su regreso a México en 1960 y después de haberse preparado por cuatro años, ingresó al Instituto Nacional de Cardiología en donde reorientó su inclinación hacia la reumatología y convivió con lo que constituía la segunda generación de reumatólogos, entre los cuales se encontraban Alfonso Chávez, Gutiérrez Moyano, Pindaro Martínez y nuestro querido académico recién desaparecido Gabor Katona.

En 1963 funda el servicio de reumatología en el Hospital General del Centro Médico Nacional del Seguro Social, que gracias a su gran empeño y visión se transformó rápidamente, en aquella época, en el servicio más completo de la especialidad del continente, ya que logró conjuntar el área pediátrica de medicina física y rehabilitación y puso especial empeño en encontrar un cirujano ortopédico al que le interesara la reumatología que fue el académico doctor Reyes Cunningham, lo que permitió que se aplicaran por primera vez en nuestro país, y con gran éxito, las prótesis de dedos, rodillas y caderas en pacientes reumáticos.

Su inquietud, su claro análisis y solución completa a los problemas, no sólo de su especialidad, de la medicina y de la vida, lo llevaron a ser muy apreciado por todos aquellos que lo conocieron y por ello, en 1968, durante la terrible crisis médica, fue designado como representante ante la Alianza

Médica que fue la tribuna más grande que se ha formado para luchar por la mejoría económica y académica del médico. Ahí el doctor Mintz actuó con dos de sus mejores cualidades: valentía y prudencia combativa, esta última de gran importancia ya que presupone una actuación hipocrática: primero, no hacer daño, en este caso a sus representados, y segundo, hacer lo posible para mejorar la situación del enfermo, en este caso era la medicina del país.

Su interés por la enseñanza siempre fue manifiesto. Su actividad docente no sólo se concretó a los residentes y fue así como viajó por todo nuestro país dando conferencias a sociedades, universidades y colegios médicos. En esta actividad no sólo describe *doctoralmente* los padecimientos reumáticos sino que, con todo cuidado y aun con complacencia, contestaba las dudas que le planteaban estudiantes y médicos y departía amigablemente con sus exresidentes, que llegaron a un centenar, en los cuales siempre dejó la frase o la idea que serviría en el futuro para infundirles ánimo o forjar en ellos seres de bien. Se preocupó por todos ellos como el maestro que desea que sus seres queridos, en lo posible, tengan un área para realizarse y medios para subsistir. Para lograrlo dedicó un enorme esfuerzo para que a nivel institucional y universitario, se reconociera la especialidad de posgrado así como lograr la apertura de plazas de la especialidad. En este capítulo, su interés era implantar una preparación superior de posgrado que lo llevó a aceptar la jefatura de enseñanza e investigación, sin embargo, la infiltración burocrática en el área médica, que aun existe más acentuada en nuestros días, le hizo imposible realizar su misión por lo que renunció al puesto y regresó a su amado servicio.

Ubicado en su tiempo tuvo el convencimiento de que el médico debe establecer sus propias reglas de oro para reafirmar sus conocimientos y proteger a los pacientes y fue así que, con un pequeño grupo de especialistas, mostró su creatividad al fundar el Consejo de la Especialidad, que en 1972 fue el segundo declarado idóneo por nuestra Academia. Como investigador fue distinguido por las academias más prestigiosas del país: la Nacional de Medicina, la de Investigación Científica, etc. Fue también reconocido como investigador por el Sistema Nacional de Investigadores y el Instituto Mexicano del Seguro Social. Este reconocimiento le fue hecho más allá de nuestras fronteras por más de una veintena de sociedades, lo que lo acredita como un médico universal.

Sus publicaciones superaron las 150, varias de ellas publicadas entre 1965 y 1984, y se convirtieron en clásicas de nuestra especialidad.

En 1985 el terremoto destruyó su casa de trabajo; ya enfermo, él escribió: "Me tocó un buen boleto en la vida, la gocé, la viví completa, me divertí", hermosa frase en la que perdona a la naturaleza por haber truncado momentáneamente lo que estaba realizando. Cuando llegó al Hospital de Especialidades de La Raza, su presencia, la de sus médicos de

* Leído el 21 de abril de 1993.

** Académico.

base y sus residentes, constituyó el reencuentro familiar con nosotros que aún manteníamos nuestra casa en pie. Y fue ahí donde volvió a manifestar su templeza, capacidad y academismo que mejoró el ánimo de los suyos y estimuló a los de casa.

Hizo una labor incesante durante más de veinte años en las diferentes ligas continentales de reumatología, en las cuales, como reconocimiento académico a su inteligencia, dinamismo y gran visión, fue llamado a ocupar distintos puestos en sus comités, esto culminó con su elección como presidente de la Liga Internacional contra el Reumatismo, puesto que el ingrato destino le impidió desempeñar.

Algunas gentes lo criticaron por su aparente cinismo, otras por su intolerancia, todos ellos estaban equivocados. Su cinismo era la manera de defensa de un ser humano y sensible. Su intolerancia era ante la mediocridad y la mentira, pues para él constituía un fracaso ético y humano que personas con capacidad desperdiciaran las oportunidades que la vida o él les hubieran generado.

Con su partida existe un gran vacío para su dedicada y amorosa esposa Raquel; para sus cuatro hijos, Feg, Abraham, Dina y Joshua; para sus amigos, para sus exresidentes a los cuales a través del tiempo adoptó como familia, y para la reumatología mundial.

Él escribió durante su enfermedad como una clara muestra de su inteligencia ante lo inevitable: "Las leyes biológicas no se discuten, ni se regatean, se aceptan." Me dijo ya enfermo: "la quimioterapia me puede prolongar un 50% la vida, pero desde que la recibo, me he sentido mal todos los días, por lo que prefiero tener calidad de vida el tiempo que me quede". Esta, su última frase, fue su guía al tratar a sus pacientes, al tratar de otorgarles calidad de vida.

Gregorio Mintz ahora descansa, porque su proyecto en la vida lo plasmó y es guía y estímulo para todo aquel que se precie de ser académico.

In memoriam Dr. Federico Sotelo Ortiz*

Alfredo Iñárritu Cervantes**

Dr. Víctor Espinosa de los Reyes, Presidente de la Academia Nacional de Medicina. Miembros del Presidium, colegas académicos, familiares del doctor Federico Sotelo Ortiz, Señoras y señores

Agradezco a la Mesa Directiva de nuestra Academia la oportunidad que me dieron para decir unas palabras en recuerdo de nuestro estimado amigo y Académico doctor Federico Sotelo Ortiz, fallecido el día 1. de diciembre de 1992,

Situar a Federico Sotelo a lo largo de sus poco más de 79 años de vida y sus 45 como médico cirujano ortopédico, es traer al presente intensas vivencias, episodios de una tenaz lucha con su propio estilo, pasión, eficiencia y vocación de servicio en beneficio de sus pacientes, para alcanzar siempre las metas propuestas.

Federico nació en Caborca, Sonora, el día 4 de junio de 1913; hijo de un maestro de escuela y huérfano desde sus primeros años de vida, tuvo que luchar arduamente desde niño para superarse día a día. Su actividad estudiantil la inició en la ciudad que lo vio nacer, la preparatoria en Hermosillo, para después trasladarse a la ciudad de México a estudiar Medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México, caracterizándose a pesar de los pocos problemas económicos por los que pasó, como tenaz y constante en sus estudios, para recibirse en el año de 1943.

Cumplió con su servicio social en la ciudad de Arizpe de su natal Sonora y posteriormente se especializó en cirugía ortopédica en el Hospital For Joint Disease en la ciudad de New York durante los años de 1943 a 1947, regresando por unos cuantos meses a trabajar a la ciudad de México y posteriormente, desde 1948, radicar y desarrollar con gran éxito su especialidad en la ciudad de Hermosillo, hasta su muerte.

En la cirugía ortopédica fue un médico de alto reconocimiento, tanto de parte de sus pacientes que lo seguían con admiración, agradecimiento y fe ciegas, como de sus colegas y alumnos, fruto de su carisma y carácter siempre jovial, manifestado por la muy personal forma de vestir, ropa llamativa floreada, que utilizaba aun en actividades oficiales y en el mismo quirófano y el uso de motocicleta para transportarse y viajar.

También se caracterizó por su habilidad en la práctica de la cirugía y mantener una educación continua, estudiando y asistiendo en forma activa a múltiples congresos nacionales e internacionales.

Perteneció a múltiples asociaciones médicas, entre las que mencionaremos a la Academia Mexicana de Cirugía, desde 1960; la Nacional de Medicina desde 1961; la Americana de Cirugía Ortopédica y Traumatología, la Mexicana de Ortopedia, Miembro Honorario de la Real Academia de Londres y de la Universidad de Tel Aviv.

Publicó más de 50 trabajos de la especialidad y desarrolló intensamente la docencia en la Universidad de Sonora, de la cual llegó a ser Rector y miembro de la Junta de Gobierno. Cultivó también la antropología y la música clásica.

Federico Sotelo Ortiz, casó con Idolina Garza Betancourt, con quien procreó cinco hijos: dos hijas, Lourdes y Coppelía-Ludmilla y tres hijos, Abelardo, Danilo y Sigfrido, los dos primeros cirujanos ortopédicos que radican y trabajan en la ciudad de Tucson, Arizona.

*Leído el 7 de julio de 1993

**Académico.

Sentimos en la profundidad su ausencia, la obra de su vida la calificamos como brillante por sus aciertos y la pasión estimulante y fecunda que imprimió durante su vida para hacer el bien, nos quedamos con su jovial recuerdo, parte diáfana e imperecedera que siempre supo cultivar, los que seguimos en este ir y venir de la vida, debemos contagiarnos de su humanismo, amor, ética y voluntad de servir que Federico Sotelo Ortiz profesó como triunfador en la vida.

Muchas gracias

In memoriam Dr. Antonio Estandía Cano* **Abdo Bisteni Adem****

Hablar ante los miembros de esta honorable corporación del amigo y compañero que nos precedió en la jornada sin retorno, lleva en conjunto tantos aspectos de su vida que el equilibrio de la síntesis es obligado.

El doctor Antonio Estandía vivió en la medicina y para la medicina, vivió en la familia y en la amistad. Estas fueron sus pasiones originales y naturales y nunca manipuló el encuentro con ellas. El nacimiento natural de sus cualidades fue el producto de la sencillez y de la eugenesia y esas cualidades se desarrollaron en la serenidad del hombre sencillo, recto, con la madurez precoz que lo caracterizó, con aspiraciones superiores, poco mundanas, pero de franca humanidad.

El Antonio médico y maestro que conocimos bebió para su formación en cálices diversos reservados para espíritus de sabia quietud; supo de las aulas en Rmales y Santander, Orduña y Vizcaya, tierra de sus mayores, y en México, en la tierra que lo vio nacer; Veracruz, donde el mar y la arena se calcinan, y también en esta insigne ciudad que lo formó y amamantó con educación superior.

Su personalidad médica y profesional está íntimamente ligada al Instituto Nacional de Cardiología Ignacio Chávez y a sus maestros y compañeros. El Instituto fue el crisol de su formación: comenzó de residente, terminó de jefe de servicio clínico. En la trayectoria, el recorrido fue amplio, porque nunca aceptó la visión estrecha; fue entusiasta y productivo administrador, veló sin descanso por los bienes de la Institución y participó en el desarrollo de ideas nuevas, constructivas y, muchas veces, innovadoras.

En la ciencia se adentró en el laboratorio de investigación, en México y en Houston, para producir con originalidad, en la electrocardiografía y en las arritmias cardíacas, y un poco después, con estas bases sólidas, la clínica lo llamó y lo acaparó en tiempo y dedicación, en sus inclinaciones y en su mente.

Fue profesor dedicado, con entrega a sus alumnos, puntual y disciplinado y ejemplo de moralidad.

Antonio Estandía generó su propia jornada con recorrido intachable, sobrio en el hablar, recto y conciso en la expresión; el cariño a sus pacientes y de sus pacientes hacia él son testimonio de fecunda dedicación en la medicina. Antonio perteneció a ese grupo selecto en el que la clínica es el centro de la ciencia y del arte de curar: clínica de inteligencia y de pasión, de entrega y raciocinio. Por ello es representativo de su grupo y de su generación.

La familia fue siempre su universo, en ella fue centro creador y generador. Cada hijo fue siempre una esperanza, un cariño, una ilusión y, junto a él, el amor de su vida, Lucita, compañera y protectora, arraigados recíprocamente, unidos en su esencia.

Antonio fue leal consigo mismo, como lo fue con sus amigos. Su concepto de amistad no era desbordar y expresar excesos de alabanzas ni ruidosas manifestaciones. Como en todo él, su quietud y paz interior y su parquedad en la expresión le imprimieron las características personales que ya son la imagen que recordamos.

El reencontrarnos con el amigo y compañero, como en esta pequeña memoria, ante otros amigos, compañeros y familiares, en un honorable sitio académico no podemos omitir la parte más importante del que ya se fue y esa parte es la humanidad, su humanidad, todo eso que lo hizo congruente, con su trabajo, su forma de vivir y su lealtad a los valores superiores, a los demás y a sí mismo.

Así termino esta breve alocución, señores académicos, sobre uno de los nuestros que emprendió el camino obligado.

In memoriam Dr. Fernando Rébora Gutiérrez*

Horacio Rubio Monteverde**

Dr. Víctor M. Espinosa de los Reyes, Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

Distinguidos integrantes de la mesa de honor, distinguida familia Rébora, señoras y señores:

Agradezco a la Mesa Directiva de la Academia Nacional de Medicina, el que me haya invitado para realizar este homenaje póstumo al doctor Fernando Rébora Gutiérrez.

Siempre he pensado que, en nuestra profesión, rendir homenaje es un acto de enorme trascendencia, ya que lejos de hacerlo por cumplir con el protocolo meramente social o institucional, significa el reconocimiento de nuestra colectividad al esfuerzo realizado por algunos de nuestros colegas.

*Leído el 31 de marzo de 1993.

**Académico.

*Leído el 18 de agosto de 1993.

**Académico.

En esta ocasión nos conmueve profundamente, pues hablar del maestro Rébora Gutiérrez es evocar una historia que involucra las raíces de nuestra especialidad y para algunos de nosotros, de nuestra vida.

De los fundadores del antiguo Sanatorio Huipulco, de los tisiólogos que dieron su juventud en la lucha contra la tuberculosis, de aquellos médicos humanistas, que amaban la cultura y enriquecían su labor como médicos tisiólogos con el conocimiento de la música, la pintura, la historia de México y del mundo, era el maestro Rébora un representante ejemplar.

Verlo caminar con su cotidiana agilidad por el INER, verlo sonreír y hacer bromas con todos nosotros hace apenas algunos meses, era sentir en él la presencia de los doctores Ismael Cosío Villegas, Luis Niebla, Fernando Katz, Miguel Jiménez, de mi padre el doctor Rubio Palacios y de todos aquellos que forjaron una visión de la ciencia médica comprometida con el hombre y su desarrollo social.

El doctor Fernando Rébora Gutiérrez nace en la ciudad de México en pleno universo porfirista el 23 de julio de 1908, siendo muy niño viaja a Guadalajara donde hace sus primeros estudios y en 1927 regresa al Distrito Federal para ingresar a la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM y hacer una brillante carrera de médico cirujano que culmina en 1934, con la tesis *Queloides y calcemia*.

En ese mismo año empieza a ejercer la medicina en el dispensario antituberculoso, y dos años después ingresa al Sanatorio para Tuberculosos de Huipulco dispuesto a cerrar filas con unos cuantos médicos jóvenes, que como él, habían decidido ocuparse de una especialidad incipiente de la que pocos querían hacerse cargo por nueva e incierta, bajo la que amparaban la gran cantidad de casos de tuberculosis pulmonar, que en aquella época engrosaban las cifras de morbi-mortalidad.

Vanguardistas, visionarios, quijotes, los tisiólogos se empecinaron en el desarrollo de una herramienta médica científica para enfrentar a la tuberculosis, que había hallado en la miseria mexicana un campo fértil, cuyos estragos parecían no tener remedio ni final.

El maestro Rébora ocupa un lugar importante en la fundación del antiguo Sanatorio de Huipulco, se encarga en principio de la admisión, posteriormente ejerce sus funciones como médico de sala, y en 1948 es nombrado por primera vez Director, cargo que ocupa durante ocho años en los cuales creó la consulta externa, el archivo, el banco de sangre y el servicio de pruebas funcionales, e inicia la tomografía lineal de tórax; durante su segundo periodo como director del Sanatorio, en la década de los sesenta, revitalizó estos servicios y promovió diversas alternativas recreativas y educacionales para los pacientes internos, dada la larga estancia que tenían entonces.

Como jefe del pabellón número cinco, cargo que ocupó entre sus dos periodos como Director y posteriormente hasta

el final de su vida, sus visitas a enfermos y sesiones hicieron fama por la riqueza de su enseñanza, razón por la cual los residentes de todas las épocas solicitaban pasar parte de su entrenamiento por esta área.

Es imposible recorrer la vida del doctor Rébora y sus colegas contemporáneos sin toparnos a cada paso con aquellas imágenes del diario acontecer, que van desde los hechos anónimos y sencillos, pero profundamente significativos, hasta los grandes acontecimientos de los que fueron testigos y en alguna medida protagonistas; cuna de ideales y motor de impulso transformador que sacudió a nuestro país con la Revolución de 1910.

De ahí provienen los programas de trabajo que desencadenaron cambios radicales: se inicia el desarrollo industrial y el Estado genera las instituciones que harían posible cumplir con las demandas sociales: educación, vivienda, salud, derecho al trabajo y a la organización obrera campesina. De ahí el nacimiento de la Secretaría de Salud que este año celebra su cincuentenario.

En esos años precisamente se crea el grupo de "Amigos del Bacilo de Koch", integrado por los doctores Alejandro Celis, Octavio Bandal, Miguel Jiménez, Ismael Cosío Villegas y desde luego el maestro Rébora.

El mexicano se ríe de sí mismo para seguir viviendo, decía Samuel Ramos en su libro *El perfil del hombre y la cultura en México* en los años cuarenta. Cuando las tertulias de los "Amigos del Bacilo de Koch" derrochan su inteligencia del buen humor indispensable para el trabajo científico y fue la primera piedra de la Sociedad Mexicana de Tuberculosis, Silicosis y Enfermedades del Aparato Respiratorio que en 1938 se convierte en la Sociedad de Neumología y Cirugía del tórax, de la que el maestro Rébora también fue fundador.

Don Fernando fue miembro de la Academia Nacional de Medicina desde 1953, el American College of Chest Physicians y las Sociedades de Neumología Brasileña, Colombianas, Cubana y Argentina.

Otra de las actividades que lo distinguieron fue la docencia. En 1934 ingresó a la Facultad Nacional de Medicina como profesor titular de clínica del aparato respiratorio, materia que impartió sistemáticamente hasta los últimos años de su vida.

El doctor Rébora encontró más maneras de hacernos partícipes de sus conocimientos, a través del libro de *Semiología del aparato respiratorio* que escribió hace pocos años.

Entusiasta, deportista, consumado jugador de dominó, amigo de la diversión sana y reconocido hombre de familia, el maestro Rébora también dejó huella fuera del ámbito médico, haciéndole la vida más grata a aquellos que le rodearon.

Esposo de doña Emilia Togno que fue su compañera durante todos los años de su vida; padre de seis hijos y abuelo

de 17 nietos, deja la guía de un camino limpio del que todos estamos orgullosos.

Agradesco al doctor Rébora Togno, colega y amigo el apoyo que me brindó para estas palabras.

La desaparición del doctor Rébora Gutiérrez y del doctor Katz, a quien también guardaremos en la memoria con cariño y admiración, marca el fin de una era en la historia de la neumología mexicana. Desaparece con aquella generación de médicos humanistas que fundaron los cimientos de nuestro querido Hospital Huipulco. Desaparece, aclaro, en presencia física, que no en espíritu, pues su herencia es una riqueza que no perderemos jamás los que seguimos trabajando en los viejos muros de Huipulco, y que debemos transmitir a las generaciones que nos sucedan.

Deleitarse con la elaborada armonía de una sinfonía de Vivaldi o con los acordes joviales del *Huapango* de Moncayo; interesarse por el acontecer político y social del país; refrendar en el trabajo cotidiano el compromiso adquirido con la salud de nuestro pueblo; entender el dolor de nuestros semejantes como el propio; saber condimentar el trabajo científico con la sal del humor y de la amistad...son estos privilegios que forman parte de la rica herencia de hombres como el doctor Fernando Rébora Gutiérrez, que nos la lega ahora con generosidad y bonhomía.

Muchas Gracias.

In memoriam Dr. Juan Somolinos Palencia*

Jorge Corvera Bernardelli**

La Academia Nacional de Medicina me ha hecho el encargo de recordar ante ustedes a nuestro amigo y compañero académico, el doctor Juan Somolinos Palencia, quien falleciera el pasado 9 de marzo. Es una tarea triste y honrosa para mí y, para quien considere los augurios, he de hacerla en el preciso día del año en que cumplo veintiocho de académico. Poco es lo que se puede decir en el tiempo señalado pero quiero, aunque someramente, recordar a Juan Somolinos como historiador, como editor, como escritor y como académico. Nació en Estocolmo, Suecia, el 11 de agosto de 1938, hijo de ciudadanos españoles, el doctor Germán Somolinos d'Ardois y María Isabel Palencia de Somolinos. La familia llegó a México cuando Juan tenía once meses de edad. Fue educado en el Liceo Francés y en la Universidad Nacional Autónoma de México. La historia fue su profesión. De familia le venía. Su padre, además de trabajar en su laboratorio clínico, desarrolló una intensa labor como historiador de la medicina

mexicana, y como tal, ingresó a nuestra Academia en 1960. Juan Somolinos editó y publicó los libros que su padre escribiera, en particular los tomos sobre medicina prehispánica que por su repentino fallecimiento dejara inéditos. Juan Somolinos ingresó a la Sociedad de Historia y Filosofía de la Medicina en 1958; la presidió y fundó su revista en 1972, siendo el editor hasta su muerte. Fue profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad Autónoma de México, en la cátedra de Historia y Filosofía de la Medicina desde 1966 y titular desde 1973. En ella, se distinguió por su participación en la iniciación y en el desarrollo del Museo de Medicina de Santo Domingo. Su labor como historiador lo hizo merecedor del Premio Nacional de Ciencias y Artes, que recibiera de manos del Presidente Salinas de Gortari en 1992. El doctor Somolinos desarrolló una tarea de gran valor para la medicina mexicana desde su puesto de muchos años como editor de las publicaciones del Instituto Mexicano del Seguro Social. Quienes laboramos en el Instituto en la época en que Juan Somolinos tomó las riendas de esa actividad, pudimos constatar el cambio tan favorable que imprimió a sus publicaciones. La calidad que alcanzaron les permitió ser vehículos idóneos para la difusión de la medicina clínica a través de la *Revista Médica* del Instituto y de la investigación médica a través de los Archivos de Investigación Médica de México. Como escritor deja para la posteridad una obra vasta y variada. Sus títulos incluyen, entre muchos, libros de poesía, como *Los animales*, publicado en 1981; de crítica de arte, *El surrealismo en la pintura mexicana* de 1973 y, por supuesto, de historia, *La belle époque*, 1971, así como los relacionados con la historia de la medicina, que fueron numerosos y entre los cuales destacan *El Doctor Juan Terrés y su tiempo* de 1973 y *Una antigua jornada académica (La Academia de Medicina en México, 1836)* de 1979. Sus artículos aparecieron en muy diversas revistas, principalmente en nuestra *Gaceta* y en la *Revista de la Sociedad de Historia y Filosofía de la Medicina*. Entre los primeros, son memorables *El cuerno del unicornio*, *La piedra bezoar* y *La farmacia mágica y popular*, todos de 1992. Juan Somolinos supo dejar su huella, productiva y creadora, en todas las sociedades en que participó. Muy recientemente, fue Presidente de la Asociación Médica Franco-Mexicana y, por circunstancias fortuitas, pude ser testigo del impulso que le supo dar a esa sociedad que tenía años de, si no muerta, por lo menos en estado de vida latente. Esperemos que sus sucesores mantengan el camino que Juan señaló. Fue un académico ejemplar, y pocos de sus socios en sus CXXX años de existencia, han hecho por la Academia Nacional de Medicina lo que hizo Juan Somolinos. Ingresó en 1974 y desde ese mismo año, se hizo cargo de la organización de su archivo, su hemerobiblioteca y su patrimonio histórico. En 1989 fue nombrado Curador de la Academia Nacional de Medicina. A escasos cuatro años de académico, fue nombrado editor de la *Gaceta Médica de México*, nuestra revista, y cumplió con esas funciones hasta que los estragos de su última enfermedad se lo impidieran.

* Leído el 29 de septiembre de 1993

** Académico.

Durante su labor, le tocó vivir tiempos críticos para la Academia y para sus publicaciones y sólo los que compartíamos sus dificultades sabemos lo que la Academia le debe; debo declarar ante ustedes que quizá sin él la Gaceta hubiera interrumpido sus más de 100 años de publicación continuada. La *Gaceta* refleja durante todo ese tiempo el carácter que Juan le quiso y supo imprimir: la delicadeza de su tipografía, el buen gusto de sus decoraciones, las viñetas biográficas con que llenaba las páginas pares que le quedaban vacías y que

personalmente escribiera e ilustrara... Por si fuera poco, Juan Somolinos cumplió también con la intensa y dedicada tarea de ser Secretario General de nuestra Corporación de 1981 a 1983, fue su Vicepresidente en 1986 y ejerció la Presidencia en 1987 con la dignidad, eficiencia y señorío de que siempre hizo gala. Juan Somolinos nos ha dejado, pero su obra y su memoria perdurarán mientras exista la Academia Nacional de Medicina, y su recuerdo de amigo leal, mientras viva el último de quienes gozamos del privilegio de su amistad.

La suprema locura

Pues la medicina, al ser un compendio de errores sucesivos y contradictorios de los médicos, al llamar a los mejores de entre ellos tiene la gran oportunidad de implorar una verdad que será reconocida como falsa algunos años más tarde. De manera que creer en la medicina sería la suprema locura si no fuera porque no creer en ella sería una mayor, porque de este amontonamiento de errores se han extraído a la larga algunas verdades.

Marcel Proust
(Le côté de Guermantes, T. I)